

# EL MOMENTO HISTORICO DE CHILE

*Adolfo Ibáñez Santa María*

Cuando el historiador don Gonzalo Bulnes —en su *Historia de la Guerra del Pacífico*— termina de narrar los combates de Chorrillos y Miraflores y la entrada triunfante del ejército chileno a Lima, no puede dejar de expresar un juicio que, en definitiva, resume toda la guerra: "Lo que venció al Perú fue la superioridad de una raza y la superioridad de una historia; el orden contra el desorden; un país sin caudillos contra otro aquejado de este terrible mal".

Luego relata una visita de Lynch, acompañado del Almirante francés Du Petit Thouars, a un hospital donde yacían heridos de ambas naciones. El oficial francés no salía de su asombro por el triunfo chileno, pues había tenido ocasión de conocer y alabar, con anterioridad a los combates, las magníficas fortificaciones que los chilenos habían vencido. Lynch, buen conocedor de hombres, se lo explicó mediante breves interrogatorios a algunos soldados: "¿y para qué tomó Ud. parte en estas batallas?", "por don Miguel", le contestó un peruano; "por don Nicolás", le contestó otro. El primero se refería al coronel Iglesias; el segundo al general Piérola. Interrogados por separados y de igual modo dos soldados chilenos, con mucha extrañeza le respondieron ambos: "Por mi patria, mi general". Mientras los chilenos se habían batido por su patria, los peruanos le habían hecho por sus caudillos.

Ante este testimonio, Bulnes no pudo reprimir su orgullo nacional: "Eso era lo que había vencido; la superioridad de una historia sana y moral sobre otra convulsionada por los intereses personales".

Y no erraba Bulnes con aquellas afirmaciones, a pesar que al momento de estallar la guerra Chile presentaba síntomas inquietantes de un desvirtuamiento nacional que, sin embargo, aún no tenía la suficiente trascendencia como para imponerse a las virtudes que nos habían hecho grandes.

Por tal motivo es necesario hacer, primero, una breve reseña del proceso de gestación nacional. Ello nos permitirá luego entender con mayor precisión la verdadera situación del país al iniciarse la guerra.

\* \* \*

La nación chilena había venido gestándose desde 1660 en adelante. No habían faltado en esos dos siglos y medio acontecimientos que tendieran a torcer o a debilitar las características de este conglomerado humano. Sin embargo, nuestra historia había mantenido sus constantes y con ello se había decantado una nación definida, vigorosa y segura de sí misma.

Su población se ubicaba en un territorio muy preciso, comprendido entre el Bío-Bío y el Copiapó. A éste se le agregaban los enclaves de Valdivia y Chiloé. La acción humana le había conferido a dicho espacio una gran homogeneidad. Esta acción se había centrado en la estancia, posteriormente denominada hacienda. A partir de este núcleo se había irradiado la cultura, la organización social y, finalmente, la riqueza y las ciudades como asiento del comercio que ella —la riqueza— refleja.

En el pensamiento de la monarquía, la ciudad debía ser el asiento y centro irradiador de las ideas, de la ciencia, de las artes y de las costumbres. Circunstancias peculiares de Chile dieron a la estancia el cumplimiento de este papel. Ella generó, además, la organización social de tipo patronal que caracterizó a Chile hasta el siglo pasado. La riqueza, en fin, tenía su base en los productos agropecuarios o minerales que se obtenían en las estancias, desarrollándose un creciente comercio que siempre estuvo estrechamente vinculado a dichos productos.

Paralelamente, desde el mismo siglo XVII se había ido generando una progresiva vinculación afectiva entre los hombres que la poblaban y con la tierra en que residían.

Durante el siglo XVIII esta entidad internamente vinculada que era Chile, se va a ir diferenciando paulatinamente de otras regiones de la monarquía. La oposición de intereses de todo tipo irá produciendo una diferenciación entre "nosotros" y "otros". "Nosotros", los chilenos; "otros", los peruanos especialmente. Todo esto sin perjuicio de una sólida y explícita lealtad al monarca.

Los años de anarquía que vivió Chile como resultado de la revolución que liquidó a la monarquía y al orden que ésta expresaba, significaron para Chile, en lo material, un empobrecimiento acusado, que se tradujo en una reducción o debilitamiento territorial a causa de los hechos bélicos ocurridos y del aplastamiento de un bando por el otro. En lo espiritual, en cambio, en un debilitamiento de los vínculos que unían a los hombres entre sí y con su tierra, por la primacía que adquirió entonces la lealtad a las ideologías políticas, por sobre cualquiera otra conveniencia.

Y por esta anarquía se caminaba hacia la disolución social y espiritual. La revolución había atacado a la autoridad. Junto con destruir a la autoridad política, amenazaban también a la jerarquía social. La libertad se había erguido en el ídolo, y su culto hacía respetable incluso a la simple criminalidad.

Portales supo dirigir y orientar a aquellos que constituían la jerarquía social y espiritual del país; salvó a Chile del barranco por el que se precipitaron otras regiones de la antigua monarquía.

La acción de Portales se encaminó a restaurar la autoridad, a la que se revistió con las formalidades propuestas por la revolución triunfante. Pero, lo que daba vida al sistema eran las fuerzas espirituales que se habían ido decantando a lo largo de los siglos. Se afianzaba así el "Estado" chileno.

La acción de aquel hombre superior permitió consolidar la autonomía del naciente Estado, sin por ello ignorar el origen común que nos identificaba con los demás Estados surgidos de la destrucción de la monarquía, y que, a la vez, nos diferenciaba de las potencias de entonces con sus mal disimulados apetitos.

Así retomados los valores tradicionales y proyectados con un vigor inusitado en conformidad a la nueva situación que se vivía, la nación chilena se proyectó con una solidez tanto más notable cuanto que era la única que, salvada de la monarquía, no conoció la disolución y la degradación que caracterizaron, durante gran parte del siglo XIX, a las naciones hispanoamericanas.

Así, pues, la Guerra del Pacífico constituyó la ocasión en que se manifestó del modo más palpable la consistencia nacional que había adquirido Chile, aunque en ese momento ya se manifestaban las primeras tendencias disgregadoras. En aquella ocasión, las figuras de Prat, Sotomayor, Lynch y Balmaceda supieron, respectivamente, conmover espiritualmente

al país, organizado en función de la victoria, conducirlo en la delicada misión de gobernar territorios extranjeros e imponerlo en las torcidas y mal intencionadas negociaciones a que dio origen una de las intervenciones más viles de los Estados Unidos.

Lo que había triunfado era, evidentemente, la fuerza interior de una nación que había marchado sólidamente estructurada a la guerra, sobre la anarquía y disolución moral de sus adversarios.

\* \* \*

Pero, tal como lo afirmé al comienzo de esta exposición, en ese mismo momento varias situaciones conflictivas expresaban un trastrocamiento de la nación, que la afectaría en lo más íntimo. Sin un análisis al menos somero de ellas, no podemos conocer la real situación de Chile al momento de estallar la guerra.

En 1878 culminaba una crisis económica, que duraba ya varios años y que dejaría como corolario la inconvertibilidad permanente del papel moneda (21-8-1878). Ese mismo año había muerto el Arzobispo de Santiago y el problema de la sucesión desataba nuevamente la intensa campaña laicizadora, resultado de la penetración del cuerpo nacional por esquemas doctrinarios ajenos a nuestra tradición secular. El litigio con Argentina por la Patagonia había culminado también ese año, con el reconocimiento de facto de la jurisdicción marítima de los vecinos sobre las costas patagónicas y de la Tierra del Fuego atlántica, expresando así la debilidad de espíritu con que se había enfrentado aquel problema.

La exposición de estas situaciones conflictivas no interesan tanto por lo que ellas fueron en sí, cómo porque nos llevan a vislumbrar un proceso espiritual profundo, que difiere sustancialmente de aquel que había contribuido a gestar nuestra nación. De este modo, dicha alteración en nuestra raigambre espiritual es el proceso fundamental que define nuestra historia a partir de 1860.

Comenzaré por referirme a la crisis económica que se hacía notar desde 1873. Aquel fenómeno había significado una pausa en el ritmo de desarrollo económico, motivada por el desequilibrio entre el desarrollo del país y la carga que el fisco había echado sobre dicho desarrollo. Mientras que en 1864 el gasto fiscal llegaba a \$7.783.419, diez años más tarde, en 1874, dicho gasto ascendía a \$16.626.638. Para cubrir esta diferencia se aumentó enormemente el endeudamiento, lo que terminó por deprimir a la economía nacional.

Se agravó esta crisis por la baja mundial de los precios del trigo, del cobre y de la plata, que eran los productos que sustentaban nuestra economía. Se unió a lo anterior el desplazamiento del desarrollo agrícola de los suelos feraces ya copados, a los suelos difíciles o costosos para hacerlos producir. Y, como golpe de gracia, sucesivas malas cosechas durante los años 1875, 1876 y 1877, extremaron la situación.

Si nos quedáramos sólo con estos elementos para apreciar la situación económica, todos ellos coyunturales, no tendríamos una explicación adecuada para la inflación de los precios y la devaluación de nuestra moneda, que desde 1874 configuran un proceso que continúa hasta hoy con brevísimas e insignificantes interrupciones. Tampoco tendríamos una explicación adecuada para la inconvertibilidad del papel moneda, que también desde entonces caracteriza a nuestra economía. Y tampoco tendríamos explicación para el hecho de que el país, como resultado de la guerra, se haya abandonado con molicie al salitre como

único medio de subsistencia, en contradicción flagrante con los siglos de pobreza y estrechez que habían sido superados a fuerza de tenacidad y sobriedad constantes.

Por ello, debemos remontarnos al proceso económico general que caracterizaba al siglo pasado para comprender la profundidad de las transformaciones que afectaban al país, de las cuales la crisis económica mencionada fue sólo un pequeño y débil testimonio, así como los témpanos sólo muestran una proporción insignificante de su volumen real.

En efecto, desde la década de 1820 se había ido formando una poderosa clase plutocrática vinculada a la minería del cobre y de la plata, cuyo auge, a partir de entonces, vinculado a la situación europea, les permitió, por primera vez en Chile, desarrollarse completamente al margen de la vida de las haciendas. No sólo mineros, sino también comerciantes chilenos y extranjeros avecinados acá configuraron este nuevo grupo social. Económicamente poderosos, a la vez que material y espiritualmente vinculados a la burguesía europea, introdujeron en el país no sólo sus técnicas financieras y contables, sino también su afán de ostentación, su individualismo irreductible y, como lo expresa Alberto Edwards, "su desdén israelita por todo lo que no es oro o lo produce".

Pasada la mitad del siglo iniciaron un desplazamiento de sus capitales hacia las actividades agrícolas. Estas últimas desde 1850, con las exportaciones a California y los sucesivos mercados que desarrollaron a la agricultura chilena, habían permitido a la aristocracia tradicional un enriquecimiento significativo, como no lo había conocido jamás. Con ello se introdujo este grupo en el circuito del dinero y de la moneda fiduciaria, vinculándose así con aquella plutocracia cuyo influjo —trascendiendo la mera vinculación mercantil— se dejó sentir con gran vigor en el plano espiritual. Esto llevó a la configuración de una clase alta rica, individualista y ostentosa. Y a partir de aquella clase alta, desvinculada material y espiritualmente del resto del cuerpo social y dueña del gobierno, se estructuró una oligarquía proclive a confundir los intereses nacionales con sus particulares aspiraciones de grupo.

El corolario de esta actitud fue el abandono del resto del cuerpo social, de donde surgió el proletariado con sus protestas violentas primero, y luego la clase media con su resentimiento. Se producía así la ruptura del consenso social.

Sumándose al proceso económico-social descrito tan sucintamente, la vacancia arzobispal expresará un fenómeno de orden político-ideológico que actuará congruentemente con el anterior. La muerte de Mons. Rafael Valentín Valdivieso, ocurrida en junio de 1878, fue seguida del empeño del gobierno por imponer un candidato que la Iglesia rechazaba. Esto reavivó lo que los contemporáneos llamaban entonces las luchas teológicas. Aquéllas se habían manifestado con vigor en 1865, cuando el debate sobre la libertad de cultos; nuevamente durante el gobierno de Errázuriz Zañartu, con motivo del control estatal de los exámenes de los colegios particulares, y luego, con motivo de la discusión y promulgación del Código Penal y de la Ley Orgánica de los Tribunales, en 1876, que suprimieron el fuero eclesiástico. La guerra introducirá una pausa en estas disputas, las cuales rebrotarán con máximo ímpetu durante los años de Santa María y su legislación laicizadora.

En definitiva, las discusiones sobre estos temas y las disposiciones legales promulgadas en aquellos años tuvieron por objeto, no tanto perfeccionar la administración del Estado, sino disminuir la influencia de la Iglesia para así poder entronizar más profundamente la concepción liberal de la vida, que proclamaba la certeza de la felicidad humana terrena y la obligación del Estado de facilitar institucionalmente el camino para su conquista.

Ante esta meta imperativa que correspondería al Estado, no sólo era un estorbo la vinculación de éste con la Iglesia, sino que la existencia misma de ella—depositaria de una tradición secular, proclamadora de una felicidad no terrenal que hay que conquistar en el paso por este mundo, e irradiadora de una poderosa influencia social— era un obstáculo formidable para las pretensiones de la época. Era preciso, pues, eliminar su hasta entonces hegemónica influencia.

Pero este ataque contra la Iglesia no se comprende en su plenitud si se lo aísla del contexto de la época. Lo que había detrás era un ataque a la autoridad y a la tradición, elementos que no sólo se encarnaban en ella, sino, además, en la forma de gobierno y forma que entroncaba espiritualmente en una tradición secular, según lo ya expuesto.

Por ello, esta época presenta también el ataque contra la institucionalidad política expresada en la Constitución Política y en la generación de las autoridades electivas. El liberalismo se orientaba a alcanzar la libertad del hombre, supuestamente contenido por la inercia social y las fuerzas tradicionales que se opondrían al desarrollo del espíritu. Para lograr este objetivo se perseguía la realización práctica de la democracia, la que se identificaba con el predominio del Parlamento en la conducción del país. Era este cuerpo el llamado a constituirse en la salvaguardia de las libertades individuales, las que, de lo contrario, siempre estarían amenazadas por la omnipotencia presidencial. De este modo se aseguraba la felicidad social.

Toda esta efervescencia reformista había acentuado dos fuerzas introducidas en el cuerpo nacional a raíz de la revolución que había liquidado a la monarquía. Ellas eran el antihispanismo y el extranjerismo.

Este último se tradujo en una lisa y llana imitación de lo extraño, sin mediar un esfuerzo perceptible de apropiación. De este modo, a medida que se abrían las puertas y se llamaba a lo europeo no hispánico, la formidable fuerza expansiva del mundo occidental de entonces —un ejemplo palpable de este proceso se ha reseñado someramente al tratar el problema económico— haría que, al encontrar las puertas abiertas, la influencia europea penetrara en nuestro país cual torrente desbordado.

El antihispanismo complementaba y coadyuvaba lo anterior. El "avance", el "progreso" de Hispanoamérica, se lo veía en relación directa con la abjuración de su pasado. Rechazar lo hispánico era rechazar su idea del hombre peregrino en esta tierra, para alcanzar la perfección en la otra vida. Este rechazo implicaba aceptar una nueva idea del hombre: libre y destinado a lograr la felicidad en este mundo. Lo hispano aparecía oscuro y sofocante.

De este modo, pues, a través de la acción política orientada a modificar una organización de gobierno que hundía sus raíces en la tradición; a través del ataque a la religión y a las instituciones que proyectaban a la Iglesia en la vida nacional, y a través de las reformas en la enseñanza tradicional, es posible percibir una acción deliberada de parte de la élite directora de la nación, europeizada y liberal, por renegar de nuestra tradición cultural.

A la conjunción de los fenómenos económico-sociales y político-ideológicos que he analizado brevemente, se agrega además otro aspecto en el cual aparecen vinculados todos los anteriores. Debido a esto constituye el punto fundamental. Me refiero al debilitamiento del sentimiento de nacionalidad.

De aquí arranca la gran importancia que tuvo el heroísmo de Prat para el éxito de Chile en la guerra. Remeció las fibras más hondas de la nacionalidad en un momento en que, si bien dicho, el sentimiento no estaba muerto, estaba, sí, gravemente debilitado en quienes

componían la cabeza social del país. Por esto es que, a falta del ejemplo de aquéllos, el arrojo de Prat transformó a la guerra en un asunto popular, además de nacional.

En efecto, el 6 de diciembre de 1878 se firmó en Santiago el Pacto Fierro-Sarratea. Este reconocía para Argentina el ejercicio de la jurisdicción en las costas de la Patagonia y en la costa atlántica de Tierra del Fuego, mientras un tribunal decidiera definitivamente el litigio.

El *statu quo* allí estipulado no representaba otra cosa que el abandono de Chile a su derecho sobre la Patagonia y el reconocimiento de la tesis argentina. Es un anticipo de lo que se estipulará en el Tratado de 1881. Pero no fue otra cosa, dicho pacto, que la resultante de la posición de los políticos e intelectuales chilenos que, desde muchos años antes, abogaban por entregar la Patagonia a Argentina.

La combinación del ideologismo definidor de aquella época —al cual me refería más arriba— con el anhelo exacerbado de solidaridad americana y pacifismo que marcaron la irrupción de una nueva generación de hombres en la conducción espiritual del país, debilitaron tan gravemente la situación de Chile en relación a sus vecinos, que la Guerra del Pacífico misma y la pérdida de la Patagonia no fueron más que sus tristes consecuencias.

En definitiva, lo que estaba detrás de todo esto no era otra cosa que un acusado debilitamiento del sentimiento de nacionalidad. Así como la crisis económica y el problema de la sucesión arzobispal no fueron más que pequeños afloramientos de una profunda transformación espiritual que nos enajenaba de nuestras tradiciones, el Pacto Fierro-Sarratea fue sólo un episodio que nos mostró el debilitamiento experimentado por el sentimiento nacional. En este sentido, algunos habían llegado hasta el extremo de tildar a la gloriosa jornada de Yungay como "un crimen americano".

Este ideologismo había hecho surgir entre nuestros caudillos un gran entusiasmo por las pequeñas naciones de territorios reciamente unidos, junto a un desprecio por los grandes imperios compuestos por secciones heterogéneas y pobremente vinculadas. En este sentido, se exaltaban los ejemplos de Inglaterra y Suiza, dos naciones pequeñas y fuertes, que además eran modelos de democracia.

Entre los fundamentos de esta postura se destaca el odio al imperialismo europeo, que en la década de 1860 se manifestó en América, en Méjico, en Santo Domingo y en el Perú. Se sumaba a este factor el concepto de la anarquía americana, que en la mente de nuestros políticos se vinculaba a las vastas secciones territoriales, que conformaban a la mayoría de los países y que dificultaban su organización política. En este sentido, la Gran Colombia y la Confederación Peruano-boliviana eran dos ejemplos que confirmaban el fracaso que aguardaba a las grandes organizaciones políticas. La guerra civil en EE.UU. también venía en apoyo de esta tesis. Los derrumbes de la Confederación del Plata y del imperio del Brasil los daban por descontados.

Desde este punto de vista, la Patagonia constituía una maldición de la que era indispensable desprenderse.

Por otro lado, el anhelo de solidaridad americana se aferraba a la creencia en la fraternidad de las naciones y en el consiguiente respeto a la justicia y al derecho por encima de los intereses particulares. Se estaba ansioso por ver en las demás naciones a los modelos del altruismo que se les suponía.

Pero, el aspecto central del cual emana esta crisis del sentimiento nacional es el afán que se había apoderado de nuestros dirigentes por disfrutar el presente sin reparar en los sacrificios que es necesario realizar para conquistar el futuro.

Una prueba de ello lo constituyó la resistencia que encontraron, durante años, Cifuentes y otros hombres visionarios, para reforzar nuestra escuadra. Paralelamente, Benjamín Vicuña Mackenna denostaba a la Patagonia haciendo ver el gasto en pérdidas de hombres y dineros que significaría incorporarla a la vida nacional. Otra prueba de este afán por gozar el presente se manifestaba en el debilitamiento económico ya mencionado.

Todos estos antecedentes le dan sentido a la tenacidad y virulencia que caracterizó la campaña realizada en Chile para desprestigiar el valor y el significado de la Patagonia. En este esquema ya no cabía una concepción sagrada ni una concepción patrimonial del territorio. Lo que se manifestaba era sólo una concepción utilitaria basada en las doctrinas entonces vigentes, y que sus defensores las veían como la conquista máxima de la Humanidad.

De este modo, el doctrinarismo y el americanismo se unieron para buscar la amistad con Argentina al precio de la Patagonia, y así mantener un país pequeño que asegurara el mejor funcionamiento de las instituciones políticas democráticas. La lealtad ya no era para con la nación, sino para con el sistema político como expresión de un mundo espiritual utópico e ideologizado, además de ajeno. En aquel mundo, la voluntad de ser —que desde el siglo en adelante nos había vinculado internamente y perfilado con creciente nitidez y confianza en nosotros mismos frente a las demás naciones— ya no tenía sentido.

\* \* \*

Es así como las transformaciones económico-sociales y político-ideológicas que repercuten hondamente, produciendo un debilitamiento del sentimiento de nacionalidad, nos muestran una aguda crisis que afectaba a la esencia misma de la nación. Nos muestran un proceso de desvirtuamiento nacional que, desde 1860 hasta nuestros días, le da trabazón al acontecer de nuestra historia.

Frente a esta afirmación se podría concluir, que la explicación del triunfo en la Guerra del Pacífico expuesta al comienzo de este artículo no es congruente con la situación histórica que vivía el país en 1879, o que dicha situación explicaría una derrota, mas no un triunfo.

Pero, para centrarnos adecuadamente en el momento que vivía el país al estallar la guerra, debemos preguntarnos también por qué las características exhibidas por Chile en aquel conflicto— y que nos dieron el triunfo— no están presentes en nuestra trayectoria posterior. O, al menos, para no ser tan absolutos, por qué no están presentes de un modo significativo y generalizado.

Si el punto de inflexión de nuestra trayectoria histórica lo podemos situar hacia 1860, es fácil comprender que hacia 1879 aún primaban en el grueso de nuestra sociedad los valores tradicionales que le daban fuerza y solidez interior a la nación. Pero esto no quita que en un reducido pero importante sector de la vida nacional —la cabeza social del país— se estaba experimentando la aguda transformación a que me he referido.

Es ello lo que explica que los acontecimientos en los cuales dicho grupo llevó la acción protagónica, por no decir exclusiva —la guerra con España, el litigio con Argentina, la revolución del 91 y las décadas parlamentarias— sean acontecimientos que hoy se recuerdan con silencio y meditación, como hechos tristes cuya lección es preciso extraer.

Las mismas frases de Bulnes, que he citado: "Lo que venció al Perú fue... un país sin caudillos contra otro aquejado de este terrible mal", "...la superioridad de una historia sana y moral sobre otra convulsionada por los intereses personales", nos remiten a un

ordenamiento político en torno al cual se había centrado el orgullo nacional. Y este ordenamiento, luego de las reformas a la letra y al espíritu que lo animaba, introducidas desde 1860 en adelante, era expresión del nuevo mundo espiritual que en el momento de la guerra se estaba apoderando de nuestra cabeza social, y que con el correr del tiempo iría permeando a los demás sectores sociales, en la medida que entraran a intervenir en el manejo de los destinos nacionales.

Por todo esto es que el triunfo en la guerra se comprende, principalmente, por una trayectoria secular anterior que se está desechando en esos mismos instantes, para reemplazarla por un doctrinarismo extranjerizante y utópico que definirá a lo nacional e infundirá la trayectoria posterior de nuestra historia hasta el momento presente.